



Editor-proprietario: GREGORIO ESTRADA.

Dirección y Administración: Doctor Fourquet, 7, Madrid.

Directora: JOAQUINA BALMASEDA.

Año XXXIV | En París recibe los anuncios la AGENCIA HAVAS, Plaza de la Bolsa, 8. | Madrid 26 Enero 1884 | En Madrid la «Sociedad general de Anuncios de España», Príncipe, 27. | Número 4.º

PRECIOS DE SUSCRICION.	1.ª Edición.		2.ª Edición.		3.ª Edición.		4.ª Edición.	
	Madrid	Provs.	Madrid	Provs.	Madrid	Provs.	Madrid	Provs.
Un año.... Ptas	30,00	36,00	18,00	21,00	12,00	13,00	26,00	29,00
Seis meses . »	15,50	18,50	9,50	11,50	6,50	7,00	13,50	15,50
Tres meses . »	8,00	9,50	5,00	6,00	3,50	4,00	7,00	8,00
Un mes »	3,00		2,00		1,25		2,50	

Explicación de lo que se reparte a cada edición. . . .

1.ª EDICION. — De lujo. — 48 números, 48 figurines, 42 patrones cortados, 24 pliegos de patrones de tamaño natural, 24 de dibujos y 2 figurines iluminados de peinados de señora.

2.ª EDICION. — Económica. — 48 números, 12 figurines, 12 patrones cortados, 16 pliegos de dibujos, 16 pliegos de patrones de tamaño natural y 2 figurines iluminados de peinados de señora.

3.ª EDICION. — Para Colegios. — 48 números, 12 patrones cortados, 24 pliegos de dibujos para bordados y 12 de patrones de tamaño natural.

4.ª EDICION. — Para Modistas. — 48 números, 24 figurines, 12 patrones cortados, 24 pliegos de patrones de tamaño natural, 24 de dibujos y 2 figurines iluminados de peinados de señora.

ADVERTENCIA

Las señoras suscritoras á EL CORREO DE LA MODA, se servirán remitir la correspondencia y valores á nombre de su Editor-proprietario Don Gregorio Estrada; Doctor Fourquet, 7, Madrid.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS

1 Y 2. VESTIDOS PARA RECIBIR.

1. *Vestido de lana y terciopelo.* — Falda redonda de lana, con ancho biés de terciopelo y túnica abierta y plegada á tablas con otra encima en delantal, bullonada por biés de terciopelo que remata por detrás en el pouf. Cuerpo corto con bie-ses de terciopelo en tirantes, y entre ambos formando plaston, pliegues de cachemir sujetos con el cuello de terciopelo: adornos de manga de estamisa tela.

2. *Vestido de cachemir y terciopelo.* — Falda redonda, terminada por ancho biés, y túnica abierta en dos puntas y graciosamente drapada por detrás; cuerpo de pequeña aldeta, orillada de terciopelo con plaston plegado, que figura terminar entre la abertura de la túnica; cuello y vueltas de terciopelo.

3. ESCLAVINA DE OTOMANO BROCHADO.

El brochado es de terciopelo, la forma de hombre-



1. Vestido de lana y terciopelo.

1 Á 2. VESTIDOS PARA RECIBIR.

2. Vestido de cachemir y terciopelo.

ras y el cuello alto con fleco de felpilla que se repite todo alrededor.

4. CENEFA BORDADA Á PUNTO DE CRUZ.

Debe bordarse sobre cañamazo Java, y es muy propia para tapetes, que podrán llevar en el centro las iniciales. El bordado se hace con sedas ó lanas de uno ó más colores.

5 BORDADO AL PASADO SOBRE PELUCHE.

Este lindo motivo puede bordarse igualmente sobre paño ó raso con seda de Argel de varios colores: los tallos á cordoncillo son de seda marron; las semillas, con nuditos dorados; las flores, azul y rosa pálidos; las hojas verdes y los granos de oro. Empléase este bordado en una tira para centro de sillón y un solo ramo para sachet de pañuelos, ó cajas de corbatas.

6. VESTIDO DE BAILE PARA NIÑA.

Este traje, propio para una jovencita de quince años, es de surah blanco y rosa con cuerpo de terciopelo rubi; falda plegada rosa, terminada en ondas con drapería sujeta por rosas, y descansando sobre un plegado de surah blanco; echarpe anudado de esta misma tela, y cuerpo de terciopelo rubi abierto sobre plaston

fruncido rosa, que se repite en la manga con encaje al borde. Rosas en el pecho y cabeza.

7. TRAJE DE CALLE PARA NIÑA.

Puede servir para jovencita de quince á diez y siete años; falda plegada en cachemir nítida, bordada de herraduras color cereza, plegada con quillas de terciopelo nítida y pequeño plegado al borde, de cachemir de este color: chaqueta bordada, abierta por delante sobre plaston camiseta, que baja suelto á formar túnica de cachemir liso como el pouf; un biés de terciopelo adorna la túnica por delante, y de terciopelo son el cuello vuelto y adorno de mangas. Sombrero de fieltro con escarapela de cinta otomana.

8. LECHO RICAMENTE ADORNADO.

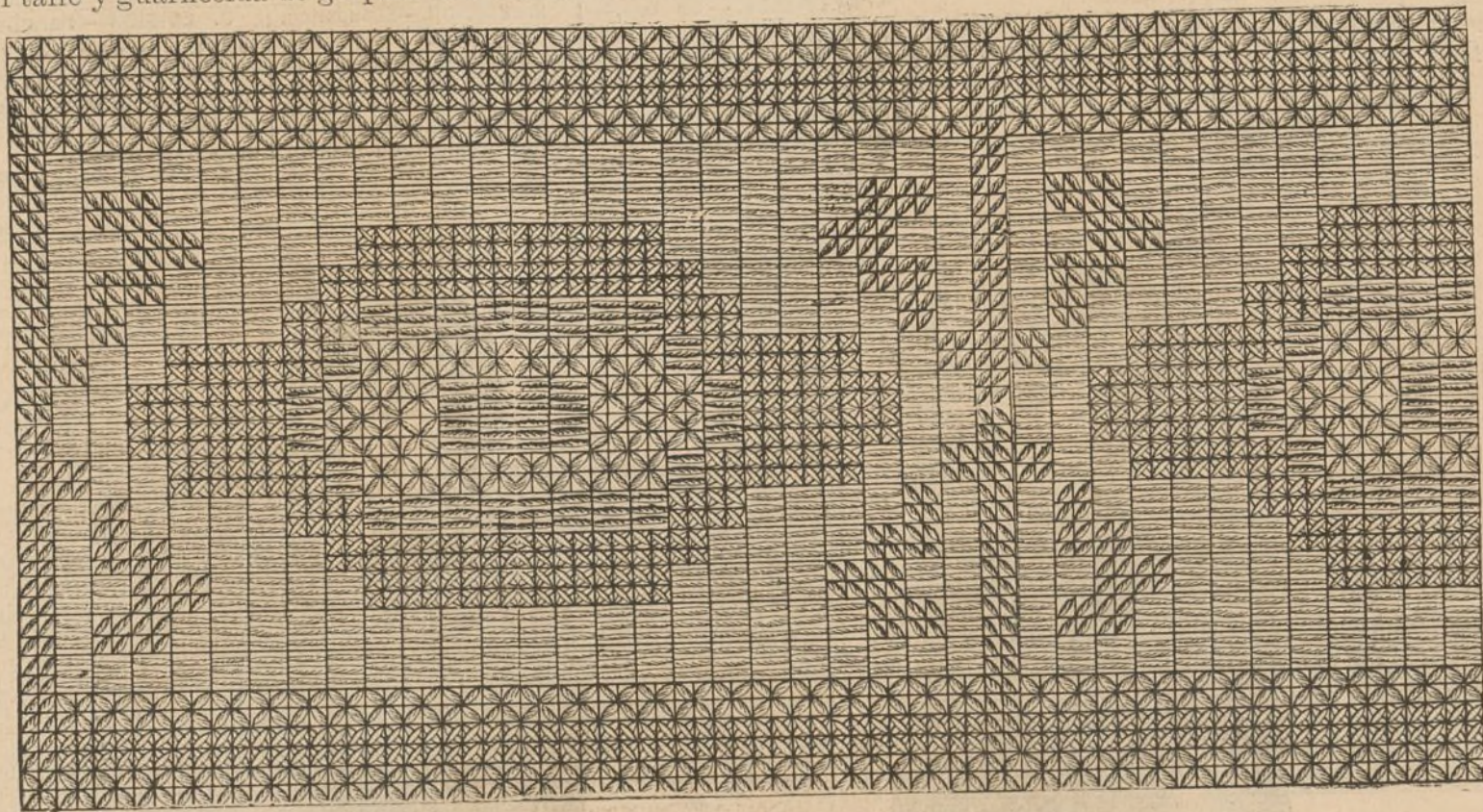
Está todo cubierto de cretona ó yute; los centros de dibujo, la cabecera, costados y guarnecidos, de color liso *capitoné*. Adorna el lecho por abajo, una guarnición á pabellones con fleco, y le completan dobles cortinas de yute y muselina, y guarnición con fleco y borlas por delante.

9 Á 11. TRAJES PARA NIÑAS.

9. *Abrigo para niña*.—Es de terciopelo en forma de paletot, cerrado por delante con un plegado de surah, terminando la espalda con pliegues en la falda: esclavina de terciopelo ceñida en el talle y guarnecida de guipure con ruche del mismo al escote. Sombrero de terciopelo negro con forro y cintas azul pálido.

10. *Vestido para niña*.—Es de forma inglesa con canesú de terciopelo cortado, igual á la tira que adorna la falda, descansando sobre un bordado blanco: una cinta otomana sujeta el traje por más bajo del talle: vueltas de manga de terciopelo con bordado alrededor.

11. *Abrigo para niña*.—Es de paño inglés rayado: los delanteros rectos cerrados con un biés de seda, y la espalda ceñida con grandes tablas en la falda; esclavina con galon y madroños alrededor, y bolsillos que repiten el mismo adorno. Sombrero de surah con plumas.



4. Cenefa bordada á punto de cruz.

12. TRAJE PARA PASEO.

Vestido de siciliana color tabaco, y siciliana igual con bordado azul; falda plegada descansando sobre otro plegadito menudo y túnica de cachemir bordada; los delanteros orillados á picos y abiertos sobre plaston de terciopelo, fruncidos en el cuello y talle, donde los sujeta una pata de terciopelo, drapeándose la túnica de la espalda. Manga de codo con vuelta de terciopelo, y capota del mismo con ala bullonada, bridas de terciopelo tabaco, y plumas azules.

13. TRAJE PARA RECIBIR.

Vestido de seda fondo rubí con flores rosa pálido y surah de este mismo color: falda redonda brochada, terminada á ondas sobre dos plegados rosa, y túnica abierta sobre plaston suelto que baja abierto á perderse en el pouf, dejando ver otro segundo plaston: delantal del surah mismo sujeto con cordon de seda y borlas; la espalda de la túnica es de forma Princesa, el cuello y vueltas de manga, de terciopelo rubí.

14 Á 21. DISFRACES PARA NIÑOS.

14. *Diana*.—Falda de gasa plateada con cuerpo flotante, y drapearía al escote sujeta por medias lunas de plata, adorno que se repite en el cabello: arco y carcaj; media de seda y zapato de raso blanco.

15. *Caballero de la corte de Felipe II*.—Media de seda negra, y zapatos con bullones carmesí: calzon y chaqueta de terciopelo negro adornado de cintas de oro, y cinturón del mismo; cuello de Holanda, derecho, y sombrero con plumas blancas.

16. *Pastelero*.—Medias rayadas, calzon de raso blanco, blusa de terciopelo azul con falda plegada, y



3. Esclavina de otomano brochado.

manga perdida sobre la justa. Gola plegada y birrete de raso blanco.

17. *Isabel de Inglaterra*.—Falda de raso blanco, lisa de adelante, con otra abierta de gran cola en raso encarnado, y adorno de pasamanería y piedras por detrás, del que parte rico cordon de oro que se anuda al peto por delante. Manga de bullon y gola de gasa con armadura, que sigue la forma del escote.

18. *Manola*.—Falda de raso color de rosa, con ancho encaje al borde; corpiño con aldetas de raso negro, y botones de oro de mulitilla en la manga. Mantilla de encaje negro, y rosa en el peinado.

19. *Dama de la corte de Felipe III*.—Falda de raso blanca bordada de oro, y cuerpo de aldetas y cola de terciopelo azul; el borde de ésta bordado de oro. Las mangas van adornadas con bullones de raso y espiguillas de oro; gola de ochos, y diadema de piedras.

20. *Paje*.—Vestido de terciopelo galoneado de oro, la chaqueta orillada de presillas, cuello blanco y birrete con plumas.

21. *Pastora*.—Falda Pompadour, de seda brochada, y paniers de raso azul pálido con cuerpo igual, abrochado con cinta sobre peto de raso encarnado: lazos de este color en los hombros y en el sombrero de paja.

JOAQUINA BALMASEDA.

CORTE Y CONFECCION.

ESTRUCTURAS.—Si se profundizase el estudio del corte de vestidos cual corres-

ponde, y quisieran ponerse en tela de juicio los conocimientos de las estructuras humanas, se vería la necesidad de hacer un escrupuloso examen acerca de sus proporciones, y derivar de las mujeres defectuosas, cuanto concierne al aumento y disminucion de las piezas de un vestido.

Para reconocer la necesidad de estos conocimientos, basta observar, que todas las medidas tomadas sobre un cuerpo, sea cual fuere el procedimiento ó sistema, se fijan en los puntos donde se hace necesaria la representación de las partes modeladas de la estructura, la cual, aunque esconda su fiero realismo bajo una naturaleza robusta, se indaguen por su transparencia y pequeños accidentes.

Los diseños académicos representan los conocimientos de anatomía superficial ó partes externas de las personas, y tienden á inculcar en las señoras que se dedican al corte, el conocimiento de las formas plásticas, para que, al trazar los detalles, lo efectúen con entera precision, y aseguren los aplomos de sus ropas. Tienden, además, á justificar en parte los puntos modelados, dejando de aprisionar los movimientos, y proporcionando libertad á sus vitales funciones.

Es muy general suponer, que la belleza y gracia de un vestido depende de la franca acentuacion en las formas, lo que obliga á la mujer á ir supeditada y áun constreñida en sus movimientos, en cuya situacion el traje se convierte en una armadura dominante; mas no por eso se puede concebir que la modista ó persona que corta, debe seguirla tan escrupulosamente en sus sinuosidades, que, á semejanza de la antigua Pálos, el vestido sea igual á una funda ceñida, que deba marcar los puntos más modelados, poniendo á la mujer en un estado incierto y desairado.

Ahora convengamos, en que si todas las mujeres estuvieran construidas de una misma manera; si todas, en fin, pertenecieran á una misma proporcion, no habria que divagar sobre la naturaleza é importancia de los procedimientos; porque á estructura proporcionada, sistema análogo, en cuyo caso, las escalas de proporcion que usan los Sastres, sería el procedimiento único y exclusivo para cortar.

Pero desgraciadamente no es así, como lo prueban miles de rarezas estudiadas hasta la fecha; entre ellas, la de una niña de doce años, que se exhibe en la actualidad con el nombre de la *Guipuzcoana*, y cuyas medidas son superiores, relativamente, en su edad, á las de otras mujeres de su género. Para dar una ligera idea de esta estructura, que pudiéramos llamar fenomenal, y cuyo peso es de nueve arrobas, tras-



5. Bordado al pasado sobre peluche.



211-52

Paris, Imp. Robert & Laborde. Reproduction interdite.

1584

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.
Calle Doctor Fourquet 7. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



6. Vestido de baile para niña.

ladamos á continuacion las dimensiones de su cuerpo, que han de servir para hacer una oposicion completa á las que, con un mismo patron, cortan para todas las personas.

Dicha niña está de manifiesto, Alcalá, 18 y 20; recomendamos á las señoras la visiten.

Largo de talle.	40
Altura total de la niña.	150
Idem del costadillo.	18
Ancho de espalda (total).	44
Idem de pecho.	108
Idem de cintura.	94
Idem de caderas.	132

Los hombros de esta jóven son altos y estrechos, y sus anchuras, en general, tan deformes, que sería imposible cortarla un vestido sin un buen método de medidas.

No entraremos aquí en la ciencia anatómica, porque sería contraer dudas acerca de un estudio demasiado profundo, pero tampoco negaremos las ventajas que reportarían academias en donde se enseñasen ciertos conocimientos que se relacionan con la forma plástica de que hemos hecho mencion, en los cuales se vieran fácilmente demostrados los movimientos de mayor elasticidad en el conjunto de la figura.

El concierto de dichas figuras haría apreciar las concavidades y partes convexas de la mujer, á las cuales el corte debe responder con mayor ó menor exceso, segun el resultado y producto de la medicion. Las caderas, el pecho y el vientre, son partes salientes, en las que la demasia de tela nada perjudica; la cintura y los antebrazos son otras tantas entradas que, cuanto más se ajustan, mejor se avienen á los naturales movimientos del torso.

En este concepto, la belleza se apoya en aquello que imprime la holgura y naturalidad de las ropas, de lo cual resulta el verdadero tipo de la elegancia: todo lo contrario, reviste un sistema *forzado*, propio sólo en el modo de vestir á una muñeca de madera, que ni tiene esos movimientos, ni conserva una musculatura hecha con formas desarrolladas en su construccion.



7. Traje de calle para niña.

En cuanto á las verdaderas proporciones, la segunda figura de nuestra lámina iluminada, que hoy repartimos, es un verdadero ejemplo para saberlas apreciar en lo que valen. Respecto de la hechura, nos remitimos á la excelencia de su dibujo, cuyas explicaciones expusimos en nuestros números anteriores; explicaciones que no creemos oportuno repetir, interin la moda de los corpiños no cambie, siquiera sea en sus detalles. Estos no se harán esperar, porque muy pronto hemos de repartir las reformas que sufran las futuras modas de primavera.

CESÁREO HERNANDO.

LA HIJA DEL TITIRITERO.

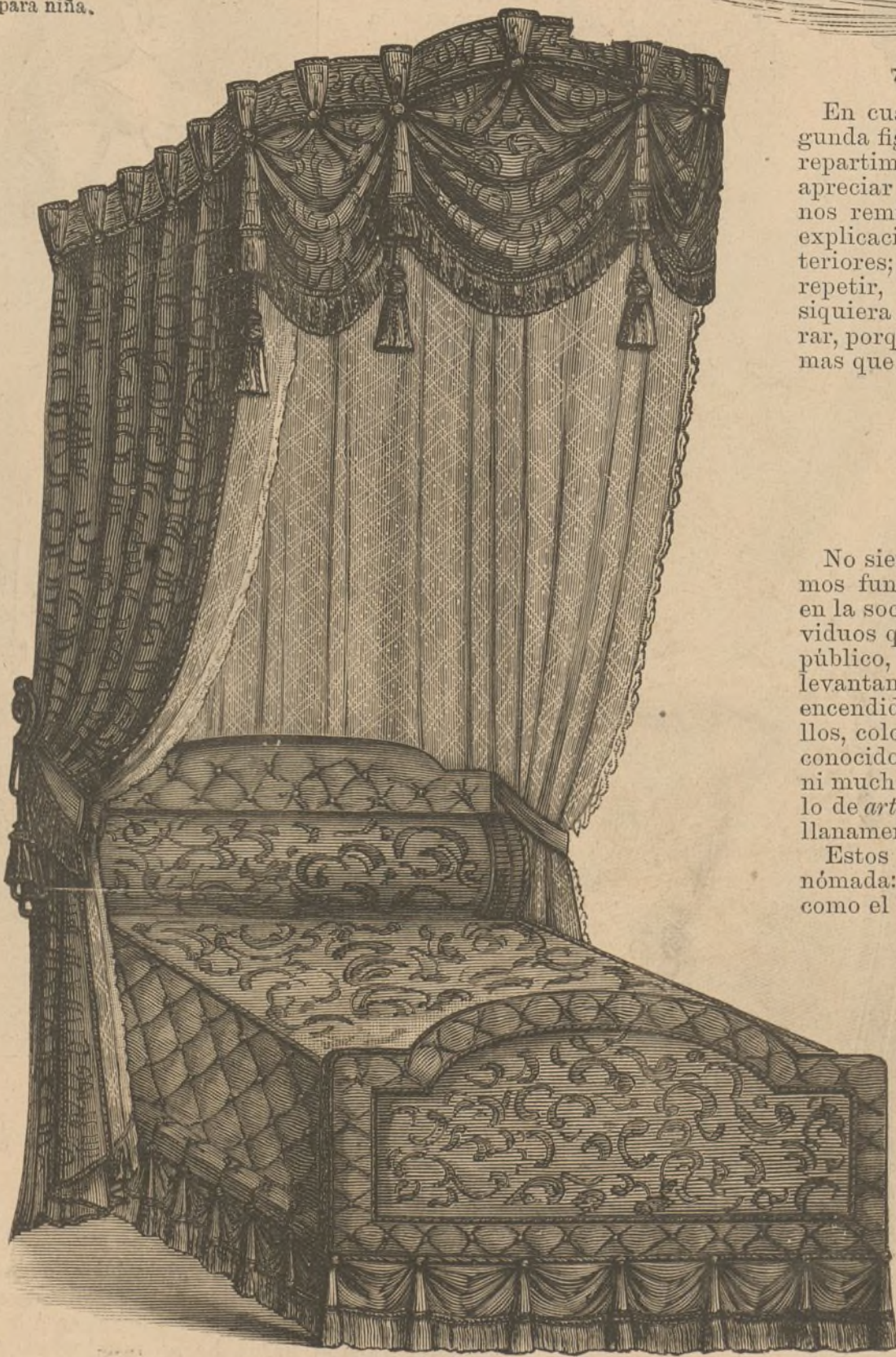
I.

No siempre les fué permitido á los que hoy llamamos funámbulos, acróbatas y gimnastas, alternar en la sociedad con los demás ciudadanos. Los individuos que en las calles y en las plazas divertían al público, *haciendo volatines*, dando saltos mortales, levantando peso con los dientes, comiendo estopas encendidas y bailando sobre botellas ó sobre cuchillos, colocados con las puntas hácia arriba, no eran conocidos con los nombres que acabamos de citar, ni mucho menos se adornaban con el pomposo título de *artistas* que hoy se apropian; llamábanse lisa y llanamente *titiriteros*.

Estos pobres seres, casi párias, hacían una vida nómada: marchaban de pueblo en pueblo llevando, como el caracol, la casa sobre las espaldas, y dormían no pocas veces á la intemperie en verano y en invierno. Una tienda de campaña para guarecerse, un viejo tapiz para tenderlo en el suelo y hacer sobre él sus ejercicios, y algunas cajas de carton en que guardar los ropajes con que se adornaban durante las actuaciones, eran todo su equipaje. Si la fortuna les sonreía, solían tener un carrito tirado por un asno, y este carrito, además de trasportar sus enseres, serviales de casa para sus familias, porque aquellos infelices eran padres, y, con asombro de las gentes, sus hijos solían ser hermosos como querubines.

II.

Era una noche fria y lluviosa del mes de Noviembre. Un viento sutil y



. Lecho ricamente adornado.

Ayuntamiento de Madrid

helado, esparciendo el agua en menudas gotas, azotaba con ellas el rostro, haciendo cerrar los ojos á las pocas personas que circulaban por las calles de Sevilla. La sultana del Guadalquivir vir tenía puesto su manto de niebla, y en sus encrucijadas estrechas la noche se adelantaba con asombrosa rapidez.

Cuando ya el crepusculo, uniéndose con la sombra, empezaba á confundir los objetos, un carricoche, cuyo entoldado de caña estaba cubierto con un trozo de lona vieja, que parecía haber servido de vela á una barca pescadora, se deslizaba por la puerta del Conde, internándose en la desierta calle del Gallo mudo. Corría á lo largo de las paredes, como temeroso de ser visto, hasta que, al llegar el conductor al ángulo de una calleja solitaria, hizo alto, guardando á la caballería que arrastraba aquella especie de cajón, bajo el alero del tejardillo que resguardaba la entrada de una enorme puerta carra, condenada hacía largos años.

Tan pronto como el carrito hizo alto, el hombre que lo guiaba, y que iba envuelto en una vieja hopalanda, rayada de negro y rojo, acercóse á una de las aberturas del toldo, y con una voz dulce, que no debía esperarse de él, á juzgar por su aspecto, empezó á llamar:

—¡Rosita! ¡Rosita! ¡Mari-Rosa!

Dos voces argentinas contestaron casi á un tiempo; una infantil, y otra como de una mujer todavía joven.



9. Abrigo para niña.

—¿Qué quieres, Jacobo? dijo la mujer.
—¡Hemos llegado ya, padre! interpelló la niña.

—Si, ya hemos llegado. ¿Dormías las dos?

—No; yo no; pero la niña, sí. Tenía tanto frío cuando nos metimos en el coche, que al momento que la abrigué se quedó dormida.

—¡Pobre hija mía, suspiró el padre! ¡Pobre hija mía! ¡Tan hermosa...

—Verdad que sí, que es muy hermosa mi Rosita, murmuró su madre con orgullo. ¡Oh, cuántas duquesas quisieran tener una hija como la nuestra, como la de los pobres titiriteros!

—Si, Mari-Rosa, sí; contestó dolorosamente el hombre de la hopalanda rayada. Nuestra hija es muy bella, pero somos tan desgraciados, que temo que su hermosura sea una desgracia más. ¡Si á lo menos no creciera nunca! ¡Si siempre fuera niña como ahora...! Pero tiene ya once años; pronto será una mujercita y entonces... vamos, no quiero pensar en ello. ¡Tapaos bien las dos, que voy á buscar en donde podamos pasar la noche mejor que aquí, y si no lo hallo, á lo menos á traer algo para cenar.

El hombre se alejó, y la joven, dejando caer la especie de cortina que cerraba el carricoche, desapareció en el fondo. El pobre asno, transido de frío, sacudía sus largas orejas para librarse del agua que las mojaba, y de vez en cuando alargaba la cabeza para cerciorarse de que seguía lloviendo, y de que el pesebre estaba aún muy lejoso.

En vano recorrió el volatinero todo el barrio; en él no había posadas. Volvióse, pues, á donde quedaban su mujer y su hija, llevándolas algunas escasas provisiones que pudo hallar, y los tres pasaron la noche que habían pasado otras muchas, bajo el toldo de cañas de su carricoche. El pobre asno, comprendiendo que las abrigadas cuerdas no se habían hecho para él, bajó filosóficamente la cabeza, metiéndola en un saco de cuero lleno de paja, que su dueño le colgó al cuello antes de meterse en el vehículo.

III.

Todo tiene fin en el mundo, hasta las largas y frías noches de invierno pasadas al cielo raso. Por lo tanto, también terminó aquella, que parecía no tener fin para la familia del saltimbanqui, que esperaba con ansia la luz del día, deseando salir del carricoche, estirar sus entumecidos miembros, y disponerse á ganar algunos maravedís, divirtiéndose á los transeúntes.

La lluvia había cesado; pero densos nubarrones encapotaban el cielo retardando la salida del sol. El viento helado silbaba lúgubremente, y los habitantes de la ciudad tenían pereza de abandonar sus casas. Mal, pues, se presentaba el tiempo para el volatinero.

Cuando un sol riente y un cielo diáfano convidan á gozar de las galas de la naturaleza, parece que el corazón está más dispuesto á la benevolencia, ó por lo menos el egoísmo se refugia en las profundidades del alma, dejando que suban á la superficie los sentimientos generosos.

El infeliz Jacobo había hecho muchas veces estas observaciones, y sabía por experiencia que en los días nublados y lluviosos la colecta era muy escasa, por lo mismo que era escaso el nú-

mero de espectadores que se paraban en torno suyo á admirar sus arriesgados ejercicios.

El suelo, fangoso y húmedo, ofrecía bien triste perspectiva para tender el tapiz; pero era necesario comer, y por lo tanto trabajar.

Tomó el hombre las riendas del asno y condujo el carrito de calle, hasta llegar á una plazoleta, que se extendía delante de un hermoso edificio. Era este el palacio del anciano conde de***, magnífico señor, que mantenía un escuadrón de lacayos, cocheros y marmitones, todos gruesos y colorados como ingleses. En el ancho portal, dentro del cual podría fabricarse cómodamente una casa, bullían y se desmenuzaban quince ó veinte de aquellos criados regalones, que, al ver el carro del titiritero, salieron en tropel á la puerta.

—¡Eh! ¡buen hombre! dijo el portero, dirigiéndose al saltimbanqui: ¿vas á trabajar? vamos, enseñanos los monos, y si no los tienes, enseñanos tus niños, que siempre traerás alguno al que habrás descuyuntado los huesos para que baile mejor.

—Al momento, señores, respondió Jacobo haciendo cortesías.

Acercóse entonces al carro, y dijo en voz baja á su mujer:

—Vamos, Mari-Rosa, que esta gente pagará bien. Viste á la niña, y vístete tú pronto.

Entre tanto tendió el tapiz, y con voz gangosa, que en nada se parecía á la que usaba para hablar á su familia, empezó el consabido estribillo de:

—Señoras y señores. Ahora verán ustedes cómo el signiore Jacobo Chamusquini, que descende por línea recta del rey de las Salamandras, se come bonitamente un pastel de estopas en-



10. Vestido para niña.

—Si el señor conde la viera, exclamó el obeso portero, estaría suspirando una semana. Tiene la manía de creer que todas las niñas rubias se parecen á la señorita que se murió hace dos años, y cada vez que halla alguna en cualquiera parte se trastorna su razón, y llora como un niño.

—Pues lo que es ésta, en realidad se asemeja á la muerta, contestó otro de los criados.

cendidas, que le sentará muy bien, sin producirle cólico ni indigestión.

La señorita Rosina de Jericó, su hija, va á servirle este delicado plato, mientras su esposa, la bella Rosa Amarela, bailará sobre las botellas, que contienen el licor de los inmortales. Ahora van ustedes á ver, caballeros y señoras, verdaderos prodigios increíbles.

Hicieron círculo los lacayos y cocheros del conde, agregándose algunos curiosos, y los trabajos comenzaron.

Despojóse Jacobo de su hopalanda, dejando ver un viejo traje de punto, mientras Mari-Rosa y Rosita ostentaban huecas faldas de lustrina, adornadas de talco y lentejuelas de metal.

Entonces pudo admirarse toda la hermosura de aquella niña, de la que su madre se mostraba tan orgullosa. Más bella aún que su nombre, parecía un serafín al que sólo faltaban las alas. Preciosos cabellos rubios, naturalmente rizados, sombreaban su frente de nieve, bajo la cual se abrían dos grandes y rasgados ojos azules como un pedazo de cielo. Su boquita era roja, como una cereza madura, y en sus redondas mejillas dos deliciosos hoyitos parecían haber sido hechos por los labios de su madre dándole apretados besos.

—¡Oh! ¡Qué preciosa criatura! dijeron á coro todos los circunstantes. ¡Lástima que sea hija de un titiritero!

—Idos, les dijo, si no queréis que os mande apalea. Ya veis cómo se ha puesto el señor conde á la vista de esa chiquilla.

—¡Pobre señor! dijo la niña, con los ojos llenos de lágrimas; ¡pobre señor! Tiene razón en pedir á su hija, porque ella le querría, sin duda, mucho, como yo quiero á mis padres.

—¡Como, niña! ¿Tú tienes lástima del poderoso señor de***?

—Si, p te sto que no tiene una hija que le bese y le acaricie. Déjeme usted que me acerque á él para consolarle.

—¡Bendita seas, hija mía, por tu buen corazón! dijeron á la vez Jacobo y Mari-Rosa.

—¡Oh! ¡Bendita seas, hermosa niña! exclamó el conde, que se había acercado sin ser visto.

—¡Bendita seas tú, que has tenido compasión de este pobre padre, menos feliz que el miserable volatinero que divertía á mis lacayos! ¡Bendita seas por buena y por bella! Como tú deberás ser los ángeles del cielo.

—¿Quieres quedarte conmigo en mi palacio? Yo te amaré como amaba á mi hija.

—¡Ah, señor! dijo dolorosamente la niña. Y al pobre titiritero, ¿quién le querrá si su hija le abandona? No pagueis con ingratitud, proponiéndome que deje á mis padres, el sentimiento de ternura que me ha inspirado vuestro dolor.

—No, hija mía, respondió conmovido el conde; yo no quiero que abandones á tus padres, porque desde este momento, ellos y tú formareis parte de mi familia; pues el hombre que tiene una hija como tú, no puede menos de ser honrado.

IV.

Con efecto, desde aquel día, Jacobo, Mari-Rosa y Rosita fueron instalados en el palacio. La madre, para cuidar de su hija, el padre tuvo en la casa un honroso empleo; y en cuanto á la niña, fué

Yo la conocí; tenía el pelo rubio y ensortijado, y también esos dos hoyitos en las mejillas.

—Te callarás, estúpido! dijo entonces el rozagante mayordomo, que también había salido á mirar los volatines; ¿cómo quieres que la chiquilla de un saltimbanqui se parezca á la muy noble heredera del señor conde de***... ¡Pues no faltaba más!

—Pues yo digo que se parece.

—Y yo digo que eres un bruto.

—Y usted un adúlador y un...

Furiosas voces se sucedieron á la disputa, y ya iban á llegar á las manos los dos contendientes, cuando abriéndose con estrépito un balcón, apareció el conde, lanzando un agudo grito:

—¡Mi hija! ¡Mi Luz! Esa, esa es.

Acababa de ver á la niña de Jacobo.

—¡A ver! ¡Juan, Alonso, Tomás! ¡Qué hace en la plaza la señorita Luz! Traedla pronto, ¡pronto! ¿No me oís?

Y el pobre caballero quería arrojarle á la plaza para llegar á donde estaba la que creía su hija.

Dolorosísima impresion produjo en todos los circunstantes aquella escena, pues aún los más torpes comprendieron que el pobre conde estaba loco de pena.

—Pero ¿no me oís? repetía furioso. Traedme á mi hija, á mi Luz.

El círculo era cada vez más estrecho; el mayordomo le rompió, y acercándose á los volatineros:

—Idos, les dijo, si no queréis que os mande apalea. Ya veis cómo se ha puesto el señor conde á la vista de esa chiquilla.

—¡Pobre señor! dijo la niña, con los ojos llenos de lágrimas; ¡pobre señor! Tiene razón en pedir á su hija, porque ella le querría, sin duda, mucho, como yo quiero á mis padres.

—¡Como, niña! ¿Tú tienes lástima del poderoso señor de***?

—Si, p te sto que no tiene una hija que le bese y le acaricie. Déjeme usted que me acerque á él para consolarle.

—¡Bendita seas, hija mía, por tu buen corazón! dijeron á la vez Jacobo y Mari-Rosa.

—¡Oh! ¡Bendita seas, hermosa niña! exclamó el conde, que se había acercado sin ser visto.

—¡Bendita seas tú, que has tenido compasión de este pobre padre, menos feliz que el miserable volatinero que divertía á mis lacayos! ¡Bendita seas por buena y por bella! Como tú deberás ser los ángeles del cielo.

—¿Quieres quedarte conmigo en mi palacio? Yo te amaré como amaba á mi hija.

—¡Ah, señor! dijo dolorosamente la niña. Y al pobre titiritero, ¿quién le querrá si su hija le abandona? No pagueis con ingratitud, proponiéndome que deje á mis padres, el sentimiento de ternura que me ha inspirado vuestro dolor.

—No, hija mía, respondió conmovido el conde; yo no quiero que abandones á tus padres, porque desde este momento, ellos y tú formareis parte de mi familia; pues el hombre que tiene una hija como tú, no puede menos de ser honrado.



11. Abrigo para niña.

la verdadera condesita, querida, mimada y baquedida de todos.

La belleza, que tan fatal le había parecido al pobre Jacobo, cuando contemplaba á su Rosita durmiendo en el carricoche que les servía de casa, fué, unida á la bondad, la piedra angular de la fortuna de todos. Ya no se lamentaba de que su hija fuese hermosa. Verdad es que él había dejado de ser titiritero.

SOFIA TARTILAN.

EN EL CAMPO.

VI.

EL TRABAJO (LA COSTURA).



12. Traje para paseo.



14 Á 21. DISFRACES PARA NIÑOS.

14. Diana.

15. Caballero de la corte de Felipe II.

16. Pastelero.

17. Isabel de Inglaterra.

18. Manola.

19. Dama de la corte de Felipe III.

20. Paje.

21. Pastora.



13. Traje para recibir.

tisocial, y descentralizador, y perturbador, y qué se yo cuántas cosas más, mejor para calladas que para dichas. Nada, nada quiero con las ciudades; hablo en el Campo y por el Campo; así es, que se me debe permitir que hable á lo campesino.

Francamente, yo no sé para qué sirve (y creo que nadie lo sabe), en la ropa blanca, esa cantidad de plegados, rizados, bordados, encajes y quisicosas que la rodean y guarnecen; se me dirá, que para su embellecimiento y adorno, y aquí vuelvo á las andadas, sobre si lo bello es lo útil ó lo inútil; si lo bello es lo engorroso y perjudicial, ó si es lo sencillo lo necesario y lo práctico: poco conozco al pueblo inglés, pero sin embargo, sé de él lo bastante para decir que ha logrado fundar una diferencia mercadísima entre lo bello inútil y lo bello útil, y que habiendo establecido como punto de partida, que lo útil es lo realmente bello en el seno de la vida positiva, ha reunido en el hogar, y en todos sus detalles, exclusivamente lo útil, llamándolo y tomándolo por esencialmente bello; pues bien, aplicado este axioma á la ropa blanca del individuo humano, veamos si su utilidad está en su adorno, y si, por lo tanto, es de necesidad adornarla.

Sin separarnos un solo instante de los principios y leyes naturales, recordemos las funciones que desempeña nuestra ropa blanca en torno de nuestro cuerpo: dos son las principales, y de las que se derivan todas las demás (dado ya el caso de nuestra perversión moral y física), una es la de la calefacción y otra la de la absorción; en los dos casos, la ropa está en contacto directo con nuestra piel, y se puede decir que es como una segunda epidermis nuestra; se saben perfectamente (y creo inútil decirlo), las operaciones de traspiración que verifica nuestro cutis, y desde luego puede suponerse que la ropa, con estar inmediata á nuestra piel, contribuye muy poderosamente á todas las antedichas funciones; pues bien, de deducción en deducción, hemos venido á parar á la siguiente pregunta: ¿qué papel desempeñan en las funciones de traspiración y absorción, los encajes, entredoses, cintas, presillas y demás manufacturas con que se adereza en la actualidad toda prenda de ropa de uso interior? Avanzando más en el camino de la indagación, se puede decir, sin temor de equivocarse, que todo cuerpo rizado, plegado, sobrepuesto ó entremetido, con relieves ó costuras entre los lienzos que rodean nuestro cuerpo, es realmente un agente excitador ó acumulador de sustancias perjudiciales, ó mejor dicho, es un agente perturbador de las funciones naturales del organismo; pues bien, no siendo de necesidad, sino todo lo contrario, sirviendo de perturbación á la marcha de la vida, ¿se puede saber por qué se convierten las prendas de ropa blanca en verdadero muestrario de la industria tejedora? ¿Es razón bastante poderosa la moda, la necesidad de gastar? (necesidad que la mayoría de las veces suele acrecentar la ruina). ¿Basta la razón del recreamiento pueril de los mal educados ojos, que estiman como de gran belleza una camisa picada en su canesú como avispero abandonado, una chambra de aspecto de papel de caja de confites, ó unas enaguas arratonadas en sus bajos, en fuerzas de tener agujeros y aplicaciones? ¿Es bastante razón la tan manoseada del apoyo á la industria? (apoyo ilusorio, pues el precio de estas prendas no se reparte equitativamente entre la obrera, la empresa fabril y el comercio, sino que va á parar á la sordina especulación mercantil). Y estas razones y otras de la misma calidad, ¿son bastante poderosas para que se convierta nuestro cuerpo en una quisicosa de belleza convencional, sin líneas, ni curvas prefijadas; sin plegados severos y anchurosos; sin contornos serios y acen tuados, y todo lleno, por el contrario, de tiritas, festones, plegaditos, cintas, recogidos, encañonados y tiesuras, que nos irritan, excitan y acumulan sobre nuestra piel un calórico impropio, y la mantienen en constante perturbación con su roce anormal y su cosquilleo pegajoso? Y no se puede decir que esto sea exageración ó aprensión, no; hágase la prueba en un niño, y en una habitadora de las montañas; vistamos á un pequeñuelo para salir á paseo; es decir, con ropa más adornada y guarnecida que la de diario ó de dormir, y aunque siempre demuestre buen humor, se le verá encogerse, arrugar el ceño, llevarse las manitas á los cintajos de la gorra, y con un movimiento harto significativo, arrancar aquellas inconveniencias que le pican y le estorban; este niño, espontáneamente nos dice lo que mortifica á nuestro cuerpo toda arruga, plegado ó relieve. Regalad á una serrana ropa interior, medianamente adornada, y lo primero que hace es descoser todos los salientes y rizados (aunque fueran *malinas*, harían lo mismo), porque todo aquello, *dice*, la pica, la incomoda, y para nada sirve allí: podrá decirse á todo esto, que es falta de costumbre, pero de todos modos resultaría que esta costumbre es completamente contraria á la higiene de la piel, una de las importantes del individuo; y siempre será una costumbre sin justificar por razón positiva, es decir, será una costumbre vacía de sentido común.

La ropa del uso interior ó inmediato á nuestra persona, cortada y cosida únicamente por vosotras, y no sujeta al capricho variable de la moda, sino ceñida á la necesidad y forma del individuo para quien sea; que toda su riqueza esté en la calidad de los lienzos, y en la sencillez de su hechura; en nuestros climas, la holanda suave y tupida, medianamente gruesa, y más fina para el niño y el joven, es

el tejido mejor; el corte sóbrio de costuras, si se puede hacer la prenda con dos, mejor estará que con tres; fijamente sujetos los remates para que, al salir de vuestras manos, esté perfectamente concluida y pueda servir útilmente en algún tiempo sin tenerla que repasar. En cuanto á encajes y bordados, dejadlos, si es que los podeis comprar, para embellecer ó enriquecer utensilios y prendas ajenas completamente á vuestro uso personal: (el hacerlos ó tejerlos en la casa, me parece, salvo el caso de un obsequio á persona de nuestra estimación, que es perder lastimosamente el tiempo, y amontonar al fin y á la postre una infinidad de objetos inservibles).

Sabido todo esto, no hay que perder tiempo; el día con su hermosa luz camina magestuoso en lo más alto de los cielos; los pájaros murmuran píos armoniosos delante de sus nidos, mientras sobre nuestra cabeza se extiende el fresco toldo de la oscura parra; cojamos esos lienzos blanquíssimos, y rápidamente cortemos lo necesario; delante está la máquina, dispuesta, limpia, lustrosa; si hubiera otro artefacto que con más rapidez terminara la obra, sería menester comprarlo en seguida, porque toda labor impuesta por las necesidades de la familia, debe hacerse lo más rápidamente posible, y la máquina de coser, manejada con habilidad, sostenida con escrupulosa limpieza, produce milagros de prontitud; sus dientes apesores tienen vértigo en algunos instantes; y la vibrante aguja, pasando sin cesar por la tela, es la imagen exacta de la rápida marcha del tiempo, inapreciable para aquéllos que no saben qué hacer con él en fuerza de perderle; por eso en el campo, donde todo habla al espíritu de la eternidad, los minutos perdidos son siglos que huyen sin haber dado alabanzas á Dios ni culto á sus obras.

Es menester que la máquina vuele, que ejecute maravillas de rapidez. Si por el pensamiento no tenemos definición sexual, puesto que esa luz del alma racional sin forma determinada, ni destino especial, es genérica de la especie, y puede, igual que en el varón en la hembra, remontarse á los cielos, bajar á los abismos, cernerse en los fulgores, y sumirse en la oscuridad; por vuestro ser material, por vuestros destinos terrestres, indisolublemente unidos á vuestra condición de mujer, estais forzosamente sujetas á todos los pequeños trabajos de la vida, y os son tan precisas la aguja y el hilo, como le son al matemático la geometría y el álgebra. No rebelarse, pues, ante vuestra misión, que en nada desmerece realmente de las demás que cumplen los humanos, y empuñando el manubrio de aquella compañera de vuestro trabajo, seguid, al son de su tricot, pensando; quede sujeta la mano al mecanismo, y vuele la inteligencia á su alto destino, que es recoger cuantas luces irradian las ciencias y las artes, para indagar con ellas la verdad de las cosas y de los seres.

Aquel lino que se pliega bajo la punta de la aguja, lució su hermoso verde en alguna ladera de remoto país; y la historia del trabajo humano, de la esclavitud, de la libertad, de la regeneración de los pueblos, está fijamente escrita en ese lienzo como en las páginas de la historia: el huso y la rueca de las esposadas romanas; la túnica de las vestales; los telares de siervos de la Edad Media; todo surge ante el pensamiento, evocado por esa pieza de hilo que se repliega en vuestra falda.

El martirio de los hijos del pueblo, que allá, desde las mismas riberas de los siglos prehistóricos, vienen formando innumerable cadena de sufridos y constantes trabajadores; los genios inspirados por el amor á la humanidad, que moldearon el duro hierro, y, buscando engranajes, cojinetes y martillos, forjaron, muchos á costa de su vida, las máquinas auxiliares de la industria. Todo el cortejo de las leyendas primitivas, todos los datos de los conocimientos históricos, pueden surgir de entre las puntadas de vuestra costura.

El acero de esa máquina fué en un tiempo tosco mineral en la oscura gruta; y como ese mismo hierro que empuña vuestra mano, fueron los primeros arpones con que domó el hombre primitivo la ferocidad de los animales salvajes; como ese acero era el de la aguja imantada que le sirvió de norte á Colon para redondear nuestro planeta; y ¡quién sabe! tal vez con un hierro y un acero como ese, que tan humildemente cumple su destino en vuestras manos, será con los que el hombre se lance á los espacios demostrando el poder colosal que encierra en su entendimiento....

Imposible seguir; páginas y páginas podrían brotar de nuestra pluma si hubiera de seguirse el curso de las ideas despertadas, como bandada de innumerales palomas, ante el tejer de nuestra máquina; y en tanto habeis volado de tal modo, de tal modo habeis hundido las horas del tiempo en lo pasado, que la prenda que empezasteis ya está concluida.... Nada hay que huelgue en ella; amplitud, sencillez, ningún adorno entretendido ó sobrepuesto viene á interrumpir su corte severo, propio y exclusivo del cuerpo que ha de vestir; por ningún lado puede servir de estorbo, de incomodidad ni de presión; debeis estar satisfechas de vuestro trabajo.... Pero aún os falta, que no sólo era nuevo lo que teníais que coser, y el repaso es más preciso aún en vuestra casa. ¿Teneis holgura en vuestras rentas? pues no mirar mucho esas prendas que esperan turno; al lado de vuestro albergue, y siempre cerca, hay seres que carecen no sólo de lo necesario, sino de lo preciso;

formad, ligeras, el lio de ropa que ha de llevar á un hogar pobre y harapiento, el aseo y la castidad; terminad vuestro trabajo como cumple al que sabe trabajar, y no amontoneis ni ropa usada con demasia ni avaricia infecunda; dejad en vuestro cesto de labor solamente lo nuevo, que afuera habrá quien se ha de holgar con lo que llamais viejo.

¿Teneis que estrecharos en un vivir prudente? pues allí están las tijeras y el pedazo de tela; no sois verdaderas mujeres si no sabeis *echar una pieza* ni hacer un zurcido; para aprender este arte, si no os le enseñaron, cuando llegue el otoño con sus tardes frías y tempestuosas, y arroje de los árboles aquellos nidos que sirvieron al amor en la primavera, cogedlos y miradlos, vereis primores en el zurcir y en el remendar; ¡y el ave que construyó aquellas delicadas obras, no tuvo más que su débil pico, y vosotras teneis dos ágiles manos!....

Zurcid, recordad el cuadrado para la prenda rota; esas composturas que estais haciendo son para que vuestro nido no caiga deshecho por los vendabales de la vanidad, ni las tormentas del despilfarro; y si alguien os arguyera por aquellos manejos, decidle esta hermosa verdad:

“Así como muchas adornan sus ropas con entredoses y encajes, yo la adorno con zurcidos y piezas, porque de gustos no hay nada escrito...”

1883.

ROSARIO DE ACUÑA DE LAIGLESIA.

AUSENCIA

(Recitado al piano)

DEDICADA Á MI QUERIDA AMIGA

CÁRMEN NAVARRO REVERTER Y GOMIS.

Hace más de un año, madre,

Que se marchó del lugar,

Y siempre con dulce voz

Me dices que volverá;

Pasan los días; en vano,

Madre, los veo pasar;

Las rosas de mis mejillas

Tras de esos días se van;

Desde que se fué no oyes,

Cual solías, mi cantar;

Sólo la voz de mis quejas,

Madre mía, escuchas ya.

Cuando la luna refleja

Su luz sobre el móvil mar,

Entre sus rayos de plata

El me parece que está.

¡Cuán feliz era aquel tiempo

Que en tus brazos descansar

Solía, mientras la luna

Nos venía á iluminar,

Sin ansias y sin cuidados!....

Tiempo feliz, ¿dónde estás?....

Volverán las golondrinas

Al buen tiempo, volverán,

Pero la calma en el pecho,

¡Ay, madre, no volverá!

Ya sé que soy muy ingrata,

Pues á tu lado al estar

Nada faltarme debiera,

Madre mía, lo sé ya;

¿Mas por qué un rayo de sol

Las flores buscando van?

También esas flores tienen

Madre, cual yo, ¿no es verdad?....

Tú á padre también quisiste,

Querer puedo á mi zagal.

Mas ¡ay! que hace un año, madre,

Que se marchó del lugar,

Y siempre con dulce voz

Me dices que volverá;

¡Ojos que le vieron ir,

Cuándo volver le verán!....

LUISA DURÁN DE LEON..

AL SR. D. F. S. EN LA MUERTE DE SU HIJO

SONETO.

Yo no sé discutir con el que llora;

No son mis pobres fuerzas para tanto;

Y quien hoy pruebe á restañar tu llanto

Insulta tu aflicción, no la aminorar.

¡Consolarse? ¡Olvidar? Pues ¿qué atesora

El corazón en su mortal quebranto

Más querido, más dulce, ni más santo

Que la pena que hidrópico devora?

Huye el vano placer, amigo artero,

Sembrando la vergüenza de mañana.

—Cual la lanza de Aquiles, el sincero

Dolor la herida que produce sana;

Que el hombre templó á golpes el acero,

Y á golpes templó Dios el alma humana.

CARLOS COELLO.

LOS JUICIOS DEL MUNDO

NOVELA ORIGINAL

de

ANGELA GRASSI

(Continuación.)

—¡Ah, señora, yo he sido más afortunado que vos! El arrepentimiento penetró en mi corazón, y me impulsó á ir á América en busca de mi víctima. No logré mi intento, pero procuré por medio de la penitencia y la abnegación, expiar mi falta. ¿Me habrá

perdonado Dios? ¡Ah, sí! supuesto que hoy me permite reparar en parte el daño que he causado.

Ved, señora, añadió sacando el precioso escrito, la orden secreta que me enviasteis para la perpetración del delito, y que me verá obligado á presentar á vuestro esposo, quizás al rey Luis....

Estremeci6se Isabel, pero fué aún más su enojo que su terror, al ver aquella hoja comprometedora en manos enemigas.

—¿Cómo? exclamó. ¿Hablais de arrepentimiento, de expiación, y al entregarme todos los papeles que podian comprometernos á los dos, y quemamos juntos, os guardasteis alevemente ese escrito? ¿Es esto hidalguía? ¿Es esto buena fé?

—Hay mucha distancia del cortesano de ayer al sacerdote de hoy, respondió el Limosnero con profunda humildad.... Si no hubiese habido manchas en mi vida, no hubiera recurrido á tan áspera penitencia....

—En fin, ¿qué pretendéis de mí? exclamó Isabel, á quien gustaban las situaciones claras, y cuyas resoluciones eran prontas y supremas.

—Ya os lo he dicho: la devolucion de este escrito á cambio de César.

—Sea, dijo Isabel; pero en este momento yo misma ignora su paradero.

Laura recibió orden de conducirlo á lugar seguro.

—¡Un subterfugio! murmuró Enrique.

—No, dijo Isabel, á la que no disgustaba ganar tiempo, por cualquier medio que fuese, os juro que no.... ¿por qué no os habeis de fiar mí, teniendo en vuestro poder una arma acusadora?.... Idos; dejadme.... os llamaré en cuanto sepa algo positivo....

Pero como si la Providencia lo ordenase de otro modo, para contrariar sus planes, sonó en aquel momento un discreto golpecillo en la puerta que comunicaba con las demás habitaciones.

—Laura, dijo desde afuera una voz cascada.

Inmut6se Isabel al oírlo; pero tomando resuelta mente, como antes, su partido, se dirigió á sus dos enemigos, y les dijo rápidamente en voz baja:

—Voy á obrar con lealtad: ¿jurais vosotros obrar con la misma lealtad, y entregarme ese documento, así que adquirais la convicción de que yo ya no atento á la vida de César, ni á retenerle en mi poder?

—¡Lo juramos! se apresuraron á responder Enrique y el Limosnero.

Isabel fué á abrir la puerta, apareciendo en su dintel la vieja azafata, con aire tímido y confuso.

Mand6la entrar la reina, cerró la puerta detrás de ella, y la preguntó:

—¿Dónde está César?

Mir6la sorprendida Laura, viendo que no estaba sola, y no supo qué decir.

—Habla, y habla sin ambages, repuso Isabel creyendo adivinar la causa de su perplejidad.

A pesar de este mandato, qued6 muda y desconcertada Laura; bien se veía que no era sólo la presencia de aquellos importunos testigos, lo que la desconcertaba.

—¿Que hay? ¡Dilo todo! insistió Isabel.

—Señora, balbuceó la vieja, alargándola un papel, hé aquí la petición de divorcio suscrita por la reina Luisa....

—Está bien; no es esto lo que te pregunto, se apresuró á decir Isabel frunciendo el ceño, ¿dónde está César?

La turbacion de Laura fué en aumento.

—¡Ah, señora! tartamudeó, la desgracia ha seguido mis pasos hoy.... ¿No ha llegado á vuestra noticia el tumulto de esta noche? ¡Qué escándalo! ¡qué algarada! ¡todavía me estremezco!

Conducía á Magdalena en mi coche, con el propósito de llevarla á la Granja, como me habíais ordenado, cuando el populacho, ó más bien una turba de demonios, me la arrebat6!

—¿Cómo? exclamó Isabel desconcertada, pues quería apoderarse á toda costa de Magdalena, para evitar una revelacion de su parte en aquellos supremos instantes, ¿qué has hecho de ella? ¿en dónde está?

—Lo ignora, dijo Laura; tuve que abandonarla á su destino....

Enrique y el Limosnero cambiaron entre sí una rápida mirada, pero guardaron silencio.

—Quizás haya sido víctima del furor popular, prosiguió Laura.

—Pero ¿y César? ¿qué has hecho de César? interrumpió Isabel con ansiedad. Leo en tu semblante malas noticias.... Me parece que has andado muy torpe en ejecutar mis órdenes....

Turb6se Laura más y más, y por fin dijo:

—La noche era lóbrega; la tempestad bramaba en el cielo; mi carruaje corría con la velocidad del rayo.... para llegar cuanto antes á la Granja, y huir de unos aturdidos jóvenes que nos iban persiguiendo; mandé al cochero que echase por un atajo.... El suceso de Magdalena me habia hecho cauta, demasiado cauta tal vez.... ¡Ah, señora, si me hubiérais dejado hacer á mí! ¡Sólo los muertos no salen de su tumba!

—¡Es verdad! murmuró sordamente Isabel, arrojando sobre sus dos enemigos una rencorosa mirada.

—Además, prosiguió Laura, hay casualidades que parecen estar preparadas por algun sér misterioso é invisible.

—¡Basta: sigue! exclamó Isabel.

La nodriza obedeció, diciendo:

—Nuestro carruaje parecia una máquina infernal, que atravesaba zanjás y precipicios.... la tempestad se iba acrecentando por grados.... la lluvia caía á torrentes.

Los aturdidos jóvenes dejaron de perseguirnos, y yo empezaba á respirar libremente, cuando hé aquí que vemos en medio de nuestro camino un informe pedestal de piedra, sobre el cual se alzaba una cruz de hierro.

El camino era estrecho, no sabíamos cómo pasar.

De repente, un rayo atraviesa las inflamadas nubes, y viene á desplomarse sobre la cruz.... Los caballos se espantan, se desbocan, huyen.... arrastran el carruaje al través de los barrancos.... El cochero cae, y herido por las ruedas va á desplomarse en el precipicio inmediato, donde á la luz de los relámpagos vimos un cuerpo hecho pedazos....

César se arroja por la portezuela.... ¿Lo creereis? A pesar de su herida, detiene á los furiosos brutos, me coge entre sus brazos, y me deposita en el suelo....

Luégo se aleja exclamando: ¡Os doy la vida!

Pero se trataba de vuestro servicio, señora. El soldado que llevábamós por escolta y que iba en el pescante, habia aprovechado el arrojó de César para saltar al camino.

¡Corre, vuela, le grité; cien doblones para tí, si alcanzas á ese hombre!

A la luz de los relámpagos los ví luchar á los dos en la carretera.... César estaba sin armas, y armado el otro.

—¿Cómo? exclamó la reina, pálida y aterrada, ¿era, pues, él....?

—¿Quién, señora? preguntó Laura con asombro.

—¿Qué es esto? ¿qué es lo que pasa por mí? prosiguió Isabel sin escucharla.... ¡Dios mío, Dios mío! ¡qué cúmulo de coincidencias son estas, que me agobian y anonadan!

¡Ah! ¡ah! añadió con irónica sonrisa, dirigiéndose á sus dos enemigos.... ¡habeis triunfado....! ¡yo he salvado á César.... yo!

—¡Vos! exclamaron todos, agrupándose junto á ella.

—¡Yo, que venia á Madrid y presencié el combate! ¡yo, que interesándome á favor de la víctima indefensa.... mandé á mi escolta que volase en su socorro....! ¡Era él....! ¿cómo no le reconocí en su gallarda apostura....! en su altivo continente....!

—¡Dios, Dios! exclamó con fervor el Limosnero.

—Pero, ¿qué se hizo César? interrumpió Enrique.

—Yo nada sé, dijo Laura; permanecí desmayada hasta el alba, en que me recogieron unos campesinos....

—Yo no lo sé.... añadió Isabel.... ¡Necia de mí....! ¿no lo oís....? ¡Lo dejé libre....! ¡me anticipé á vuestro anhelo....!

Y tendió la mano al Limosnero, para recobrar el documento.

—¡Oh, no! dijo éste sonriendo; no se procede así en el comercio de los hombres....

Isabel tuvo un acceso de horrible desesperacion. Abalanz6se hácia él, y exclamó fuera de sí:

—¡Decid que queréis perderme....!

—No; pero ¿quién me garantiza de que César esté libre? ¿quién me asegura la verdad de vuestras suposiciones? Sólo cambiaré esta firma por él.... Lo he dicho, y no me retracto....

—¡Laura, Laura, gritó la reina exasperada, busca á ese hombre por todas partes, derrama el oro á manos llenas....! ¿lo oyes? ¡pronto.... pronto....!

Seguidla, si queréis convenceros de la lealtad de mis intenciones.... ¡Cuando le hayais hallado, volved.... fio en vosotros.... fio en vuestra fé de caballeros....!

Enrique y el sacerdote cambiaron una mirada. El primero siguió á Laura, que salió precipitadamente de la estancia.

Isabel señal6 con imperio la puerta al segundo, pero éste, en vez de obedecer, se retir6 silenciosamente á un ángulo de la estancia.

—¿Qué haceis? exclamó Isabel, ¿no os he significado que me dejárais?

—Obedeceré cuando se haya ultimado el negocio, respondió el sacerdote con fría calma.

—¡Salid, salid, gritó la reina, no me obligueis á que pierda la razon, y cometa un atropello....!

—Podeis hacer lo que gustéis, replic6 el anciano con la misma sangre fría. ¡Sé que arriesgo la cabeza, y no me importa....! La he arriesgado muchas veces entre los salvajes de América.... Además, esa firma no está ya en mi poder.... la he entregado á Enrique.... y á la menor violencia que cometais conmigo, el rey lo sabrá todo!

Isabel se retorció los brazos con desesperacion; su impotencia le destrozaba el alma.

Para colmo de desventura, apareció en el dintel de la puerta un paje, que dijo en voz alta:

—S. M. el rey Felipe V pide permiso para entrar. Isabel arroj6 una rápida mirada sobre el impasible rostro del Limosnero.

—Decid á S. M., repuso, haciendo un violento esfuerzo, que me es imposible verle en este instante.

El paje se retir6.

Isabel empez6 á pasearse con desesperada furia por el aposento. Parecia una hiena enjaulada, que anhela arrojarse sobre su presa y despedazarla.

En su arrebató derrib6 una mesa, sobre la cual estaban varios preciosos objetos de china, cuyos despojos cubrieron el pavimento.

El religioso permanecia impasible, y aquella impasibilidad trocaba en frenesí la cólera de la reina.

Apareció otra vez el paje.

—Señora, dijo, S. M. desea que le permitais entrar, ó bien paseis á su régia cámara, pues se trata de un asunto urgente y que no sufre retardo.

Isabel hizo ademán de seguir al mensajero.

El anciano di6 algunos pasos.

—La presencia de S. M. el justiciero rey Felipe V, dijo con tono humilde, nos servirá de mucho para arreglar el negocio que nos está ocupando.

Esta vez Isabel necesit6 de toda su presencia de espíritu para dominarse.

—Decid á S. M., balbuceó con voz ahogada, que ambas cosas me son de todo punto imposibles en este instante.

El paje se retir6 de nuevo.

Ent6nces Isabel se dirigió al Limosnero con las manos juntas. Su cólera estaba agotada, y su altivez vencida.

—¡Pedidme cuanto querais, le dijo con voz suplicante. Lo que más imposible, lo que más exorbitante os parezca; pedidlo, y lo obtendreis....! ¿Sois ambicioso? ¿anhelais el capelo? ¿Sois avaro? ¿os satisfaria el tener oro, mucho oro?

—Soy siervo de Jesucristo, dijo el Limosnero con humildad; nada ambiciono, nada anhelo, más que expiar mi crimen con una buena accion.

—¿Y creéis que lo es infamar á una reina, desunir un matrimonio, producir escándalos sin cuento?

—No lo haré si no es preciso para salvar á un inocente.

Isabel se alejó con despecho, y fué á dejarse caer abatida en el sillón.

Por desdicha suya, Felipe, impaciente, se presentó él mismo en el dintel de la puerta: iban á dar las cuatro. Quería avisar á su mujer de la resolucio de Luis; quería concertarse con ella, sobre la actitud que ambos debian guardar en el Consejo.

Isabel corri6 á su encuentro, procurando que su rostro, descompuesto por la cólera, recobrase su expresion dulce y tranquila.

—Perdonad.... balbuceó.... me hallaba con el venerable Limosnero....

—Está bien, dijo Felipe; pero necesitaba hablaros, consultaros....

En aquel momento dieron las cuatro.

Apareció Mirabal.

Estaba pálido y azorado. Habia perdido completamente su aire lijero y su natural desenvoltura.

—Vengo en nombre de S. M. el rey Luis I, dijo con voz apenas inteligible, á suplicar á VV. MM. que se dignen honrar el solemne acto que va á efectuarse en este mismo instante.

Desconcert6se Isabel; aunque habia aconsejado aquel acto, no imaginaba que el rey quisiera efectuarlo tan pronto. Ignoraba la suerte de César y Magdalena, y temia sus revelaciones; no habia tenido tiempo de predisponer la opinion en su favor, y todo la hacia presagiar una catástrofe.

Además, le era imposible desembarazarse del Limosnero, que parecia estar resuelto á seguirla al fin del mundo.

Hubo, sin embargo, de hacer de la necesidad virtud.

Llam6 á un paje, y entregándole el pliego suscrito por Luisa, le dijo en voz baja:

—Para doña Juana.... corre.... vuela....

Después se volvió graciosamente hácia el sacerdote y le dijo:

—Seguidnos. La presencia de tan sabio prelado nunca puede ser inútil en un Consejo en que se trata de restablecer la paz y la concordia.

Apoy6se en el brazo de su marido y los tres salieron de la estancia.

(Se continuará.)

REVISTA DE MADRID.

Si hubiéramos de reseñar minuciosamente las novedades teatrales y las reuniones más ó menos suntuosas que han tenido lugar en este primero y afortunado mes del año 84, faltaríanos espacio para todos los demás trabajos literarios que reclama EL CORREO, y preciso será pasar por todos sus atractivos como pasa el pájaro sobre los árboles, y la mariposa sobre las flores; ¡enamorado de todas! ¡posándose sobre alguna que otra más aromática ó más viva de color!

En recepciones, las ha habido para todos los gustos y todas las inteligencias; reuniones literarias, como la del marqués de Molins, conde de Cheste y marquesa de Villamantilla, donde, como dice un cronista, el ingenio campea auxiliado por la distincion; donde el jugador encuentra el tresillo y el bezique; el poeta quien le hable de versos, y discuta con elevado criterio el mérito de las últimas obras dramáticas; el político, quien le ayude á seguir los debates del Parlamento; y la frívola juventud, quien hable de bailes, de modas y de conquistas... ¿Qué conversacion más propia de los primeros años? En estas reuniones serias se comprometen las graciosas parejas que han de rendir culto á Terpsicore en el salon de la baronesa de Goya Borrás por las tardes, ó en el de los condes de Peñalver, de los marqueses de San Carlos ó de la condesa de Villalobos por la noche. Esta distinguida dama ha comenzado sus fiestas el día 21 con un baile, en que tomó parte la brillante juventud de la corte, siendo obsequiada como sabe hacerlo la condesa, que reúne á una dis-

tincion poco comun, una bondad de carácter que constituye su verdadera especialidad: ella, de una casa antigua y de pocas condiciones, ha logrado hacer una artística morada, que cada día cuenta un encanto más, una belleza nueva. Los concurrentes á sus salones en la noche del 21, salieron todos pidiendo la renovación de la fiesta, convencidos de que sus deseos estaban en el acto decretados favorablemente.

Las representaciones dramáticas que dieron principio en casa de los duques de Tetuan, se han visto reproducidas por infantiles actores en casa del opulento banquero Sr. Bañer, cuya señora, que en alguna ocasión ha demostrado que á todos sus talentos reúne el de ser una distinguida actriz, ha tomado á su cargo dirigir la infantil compañía, que no hay que decir si cosechó aplausos; terminando la fiesta, como todas las de su género, con animado baile.

Los teatros, á pesar de ser el mes de Enero mes poco favorable para ellos, porque las fiestas de Pascua y los salones particulares les hacen cruda guerra, han sostenido digna campaña. El Teatro Real, á los triunfos ganados en representaciones anteriores, ha podido añadir el de *Lucrecia*, cantada por la Teodorini con la pasión que se desborda de su alma en aquellas robustas notas del dramático personaje, y por Massini, que aunque ménos jóven que su madre, se veía eran de la misma familia por el sentimiento artístico y el corazón.

Continuando con los teatros filarmónicos, enviaremos un saludo de simpatía al de Apolo, que en las obras mejores del repertorio, ha encontrado honra y provecho, privilegio de todo teatro en que se emplean con fe buenos artistas y mejores deseos; y al circo de la plaza del Rey, donde se ha puesto en escena *El día y la noche*, opereta de Lecoq, que en París ha obtenido quinientas representaciones, y que si aquí no las alcanza, porque no tenemos población bastante que sostenga esos éxitos extraordinarios, será muchos días en el cartel digna rival de la *Mascota*.

En el Español se han hecho obras de repertorio, siendo muy aplaudida en *Las Macetas* Pepita Hijo-sa; y en la Comedia, Lara, Variedades y Eslava, representáronse obras ligeras, intencionadas, chispeantes de gracia, hasta el extremo de verse llenos todas las noches tan lindos coliseos.

De intento hemos dejado para la última una flor, la más bella, la que, poética en su planta trepadora, está dando con su nombre días de gloria á la literatura patria. Leopoldo Cano, poeta que desde sus *Lauzeles de un poeta*, se anunció con levantados vuelos, y demostró raudales de sentimiento en *La mariposa*, ha coronado sus triunfos con *La pasionaria*, fábula dramática de profundidad filosófica, estudio social de gran trascendencia, y drama de situaciones bien preparadas, con acción sóbria, caracteres trazados por mano maestra, y diálogo enérgico, sembrado de bellos pensamientos; ya ligero hasta

tocar en la comedia, ya levantado hasta llegar á los últimos resortes dramáticos. El público, que le está aclamando aquí y en provincias desde hace mes y medio, le dice más que todo lo que pudiéramos aquí decirle; pero por lo mismo que Leopoldo Cano gusta de vivir entre los insectos y las flores, no desdeñará por humilde esta felicitación, la más tardía, la más insignificante de todas las recibidas.

¿Añadiremos que Elisa Mendoza ha hecho en esta obra una verdadera creación, dando á conocer todo lo que puede y vale? ¿Para qué? Cuantas personas viven en el mundo del arte lo saben á estas horas.

ADELA SAMB.

La Revista Popular de Conocimientos Útiles, propiedad de esta casa editorial, ha sido premiada por el Jurado de la Exposición de Minería, Artes metalúrgicas, Cerámica, Cristalería y Aguas minerales, con la MEDALLA DE ORO, como premio de cooperación por sus trabajos especiales relativos á dicha Exposición.

BIBLIOGRAFIA.

LA JUVENTUD DE UN DESESPERADO. Primera parte de EL COMBATE DE LA VIDA, por Henri Rivière, versión castellana de Pedro Sañudo y Aufrán. La Biblioteca de EL COSMOS EDITORIAL acaba de publicar con aquel título, la primera parte de la obra del distinguido novelista, cuya segunda y tercera, *El Coronel de Besloc* y *Las fatalidades*, verán la luz pública con la precisión y exactitud que acostumbra la Empresa. Cuando esto se verifique, emitiremos nuestro juicio respecto al *Combate de la Vida*, limitándonos hoy á recomendar á nuestras suscriptoras la lectura de *La Juventud de un desesperado*, cuyos episodios interesantísimos serán ciertamente de su agrado, en la seguridad de que quienes lean esta novela, no resistirán á la tentación de conocer las otras dos, que completarán la obra. Se vende aquella, que lleva en la portada un bonito grabado, representando una de sus más culminantes escenas, en la calle de la Montera, núm. 21, y en las principales librerías, al precio de 2 pesetas 50 céntimos.

EXPLICACION DEL FIGURIN NÚM. 1.584.

FIG. 1.ª Traje para teatro.—Vestido de raso maravilloso y brochado fantasía, con falda redonda plegada y abrochada con botones al lado, que adorna una quilla brochada en colores claros, y pouf en maravilloso recogido en ondas flotantes; cuerpo de petos con pequeña aldeta, vuelta hacia arriba por el costado, orillada de brochado como el delantero que cierra torcido con botones caprichosos. Cuello chal, cruzado en el pecho con lazo rosa, corbata-chaleco del mismo color, y vuelta ribeteada en la manga.

FIG. 2.ª Traje para visitas.—Está hecho en tornasol verde y violeta de los Alpes y felpa verde; la falda, plegada en peluche, lleva paños al costado de tornasol con aplicaciones de pasamanería y gran cordón con borlas al costado izquierdo; pouf de su-

rah verde, muy drapeado, y cuerpo de peto hecho en tela tornasol y con aldeta, abierta la espalda para dejar pasar el pouf, adornando el cuerpo aplicaciones de pasamanería en el pecho y mangas. Sombrero Enrique II en los mismos colores, con grupo de plumas azules.

Soluciones á la charada SINO, que apareció en el número 2 de EL CORREO, correspondiente al 10 de Enero, por las señoras Doña Clotilde Sanz, de Barcelona; Doña Eloisa Ruiz, de Cádiz; y la siguiente en verso:

El Nigromante altanero
Escudriñando el destino,
No marcará el derrotero
Que nos ha trazado el SINO.

ISIDRA GARCÍA DE VEGA.

Santander.

CHARADA.

La primera con tercera
En las fuentes hallarás:
Te dos y terci de fijo,
Si me llegas á faltar.
Con tu todo soy feliz
Si ese todo es verdadero;
Si no lo es, te lo guardas,
Pues para nada lo quiero.

CAROLINA LEON.

CORRESPONDENCIA

Barcelona.—J. C. y C.ª.—Tomada nota de las dos suscripciones que avisa desde 1.º de Enero para D. H. P.

Palma de Mallorca.—P. J. G.—Tomada nota de un año de suscripción, desde 1.º de Enero para D. E. P.—Se remiten los números publicados.

Ginzo de Limia.—A. R. y P.—Recibido 21 pesetas para un año de suscripción, desde 1.º de Febrero.—Se manda el número estraviado.

Baeza.—C. P. y T.—Recibido 21 pesetas para un año de suscripción, desde 1.º de Enero.

Coruña.—A. G.—Recibido 9 pesetas 50 céntimos para 3 meses de suscripción, desde 1.º de Enero.—Se remiten los números publicados.

Pontevedra.—J. M. M.—Tomada nota de un año de suscripción, desde 1.º de Enero para D. J. B.

SUMARIO.—Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Corte y confección, por Cesáreo Hernández.—Vestidos para recibir: Vestido de lana y terciopelo.—Vestido de cachemir y terciopelo.—Eslavina brochada.—Vestido de baile para joven-cita.—Traje de calle para niña.—Vestido para niña.—Traje de señora para paseo.—Traje para recibir.—Disfraces para niños: Diana.—Caballero de corte de Felipe II.—Pastelero.—Isabel de Inglaterra.—Manola.—Dama de la corte de Felipe III.—Paje.—Pastora.—Cenefa bordada á punto de cruz.—Bordado al pasado sobre peluche.—Lecho ricamente adornado.—LITERATURA.—La hija del titiritero, por Sofia Partilan.—En el campo, por Rosario de Acuña de Laiglesia.—Ausencia, poética, por Luisa Durán de León.—Al Sr. D. F. S. en la muerte de su hijo, soneto, por Carlos Coello.—Los juicios del mundo, por Angela Grassi.—Revista de Madrid, por Adela Samb.—Bibliografía.—Explicación del figurin 1.584.—Charada.

VIRUELAS

Se quitan los hoyos de la cara, antiguos, recientes y cicatrices. Acreditado en miles casos. Específicos, 40 reales, Alcalá, 3; Mayor, 41, y principales farmacias. Por mayor, Sr. García, Tetuan, 15. Se remite en 46. Dirigirse al autor, Dr. Abad; Pacifico, 13, Madrid.

DICCIONARIO POPULAR

DE LA

LENGUA CASTELLANA

POR

D. FELIPE PICATOSTE

Se vende á 5 pesetas en la Administración, Doctor Fourquet, 7, Madrid.

Dr. GOÑI

Especialista en las vías urinarias y matriz. Montera, 5, segundo.

SALUD

HERMOSURA DE LA BOCA
Agua higiénica
DEL DOCTOR SIMON
Laboratorio, Salas, 8.
Farmacia, Caballero de Gra-cia, 3.

CONCLUIDO

el inventario de fin de año
EN LOS ALMACENES DEL
LOUVRE
2-FUENCARRAL-2

y ante la enormidad de existencias en artículos finos sumamente castigados en la apreciación inventarial, se acuerda una venta excepcional con arreglo á la proporción siguiente:

1800 capas cachemir, desde 38 rs.
2000 faldas encaje, desde 60 rs.
1800 centros y cortinajes, desde 36 rs.

700 mantelerías raso, desde 55 reales.
3500 sábanas grandes, desde 14 reales.

900 docenas toallas finas, desde 38 reales docena.

Para evitar difusión iremos publicando sucesivamente listas de otros artículos.

TOS-CATARROS

JARABE DE SAVIA DE PINO BORRELL Y MIQUEL.
JARABE LENITIVO DEL DR. SIMON BORRELL Y MIQUEL.
Laboratorio, Salas, 8, Farmacia, Caballero de Gracia 3.

COMPANIA COLONIAL

Diez y ocho medallas de premio.

TRES PRIMEROS PREMIOS EN FILADELFIA
CHOCOLATES, CAFÉS, TES Y BOMBONES

Depósito: Mayor, 18 y 20. Sucursal, Montera, 8.—Madrid

GRANDES ALMACENES DE SANTA CRUZ

surtidos constantes de últimas novedades en
SEDERIAS, ENCAJES, LANERIAS, CONFECCIONES, ABRIGOS
Y ARTICULOS PARA SEÑORAS

1, PLAZA DE STA. CRUZ Y BOLSA, 16

EL AGUA DE CARABAÑA

en 1852 era conocida en Madrid.

EL AGUA DE CARABAÑA

en 1883 es conocida en España y sus colonias, Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Portugal.

EL AGUA DE CARABAÑA

en 1884, será conocida en todos los países del globo.

Las muchas enfermedades que alivia y cura al interior y exterior, además de ser un purgante refrescante suave, y seguro por excelencia, las indicará el profesor médico de cada país.

Cuatro grandes premios ha obtenido en 1883.—Tres medallas de oro.

Venta en todas las buenas farmacias. Por mayor,

R. J. CHÁVARRI.

87, ATOCHA, 87.—MADRID.



Premiados en 20 exposiciones. CHOCOLATES DE MATIAS LOPEZ

Oficinas en Madrid, Palma Alta, 8.—Gran fábrica en el Escorial
Cafés, Tés, Sopas, Pastillas napolitanas, Bombones finísimos de chocolate y dulces de los más ricos que se elaboran en París. Inmenso y variado surtido de cajas finas á propósito para regalos, bodas y bautizos.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición, recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1.584, y las de 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª, el pliego de dibujos.

Editor-propietario, GREGORIO ESTRADA.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Administración: Doctor Fourquet, 7, Madrid.